

La investigación doctoral **Jorge Zalamea, enlace de mundos. Quehacer literario y cosmopolitismo (1905-1969)** fue posible gracias a la circunstancia de que el hijo del poeta bogotano, Alberto Zalamea Costa, pudo obtener en 2007, luego de ser abandonado en un sótano por 38 años, el archivo de su polémico padre. Los numerosos documentos que son tratados en esta investigación, conforme lo confiesa el profesor López Bermúdez, son apenas una parte de la montaña de cartas, papel y documentos de muy diversa naturaleza historiográfica, encontrados allí. La paciencia para ordenarlos, clasificarlos, analizarlos, y al fin, darles un orden argumentativo fascinante, se contrae a estas casi 600 densas páginas. Solo quiero reiterar el honor que se me concede al presentarlas ante ustedes.

Es una desproporción conceptual insinuar que Jorge Zalamea Borda estaba esperando a Andrés López Bermúdez para hacerse comprensible. Sin embargo, por pasajes lo sentimos dramáticamente así.

**Juan Guillermo Gómez García**  
(Universidad de Antioquía/  
Universidad Nacional)

---

A propósito de Cristina Beatriz Fernández, **José Ingenieros y las escrituras de la vida. Del caso clínico a la biografía ejemplar**, Mar del Plata, Eudem, 2014, 149 p.

Efectivamente, uno de los rasgos más singulares de muchos de los textos de José Ingenieros es el hecho de éstos son “la escritura de una vida” y que tal característica se irradia en el “potencial explicativo” de su propia obra. Desde un comienzo, sus intereses científico-intelectuales giraron en torno a la vida y ese objeto se siente palpar en sus escritos y le sirve de vara para leer y juzgar las producciones de sus contemporáneos.

Esa vida que lo inunda todo nos sumerge, de la mano de Cristina Fernández, en un problema capital del que ella se ha ocupado en su investigación doctoral y que se ve reflejado en este libro: el de la relación entre la literatura y la ciencia en las primeras dos décadas del siglo XX en la Argentina. El relato biográfico parece atrapado, al menos en un principio, en marcos que lo inscriben dentro de las formas literarias,

pero inmediatamente, al descubrir allí la “escritura de la vida”, fuerzan los límites estrechos para dar lugar al encuentro de esas formas con el rígido mundo de las ciencias, tanto que por momentos estas últimas le disputan el predominio de la escritura.

Ya el título del libro es sugerente: **José Ingenieros y las escrituras de la vida**. Se presenta allí una biografía, como la historia de una vida que puede leerse, tal como hacía el mismo Ingenieros, como historia de una escritura, que aquí es biográfica. Pasando por los diferentes momentos de su obra, como vericuetos de un pensamiento enredado, ella presenta a un Ingenieros autor de biografías que, al escribirlas, relata y crea un marco para su propia vida. Así, desde ese comienzo en los **Archivos de Criminología y Psiquiatría**, en el que priman los casos clínicos de los alienados o criminales, hasta los escritos de la **Revista Filosofía** en que se exaltan las grandes figuras de la ciencia local e internacional, puede verse cómo el derrotero de la escritura evidencia su esfuerzo por auto-describirse, ya como médico experto, capaz de descubrir los artilugios de la simulación de sus pacientes, ya como par científico e intelectual, capaz de ocupar un puesto junto a los grandes hombres de la nación.

En esos primeros textos de los **Archivos**, Fernández muestra que la descripción parece querer ir más allá del cuerpo, complejizando la noción misma de “vida”, pero sin desprenderse nunca de esa matriz biologicista. Aquí se sientan las bases de una escritura de la vida atada siempre al cuerpo. Sin embargo, el discurso clínico se sale de los márgenes de lo observado no sólo por su objeto sino también por su forma y su “aplicación”. El evolucionismo, presente en esos escritos y rasgo relevante del discurso positivista, es tematizado por nuestra autora en relación con su despliegue en el campo sociológico. Allí, la tensión entre evolución y progreso es un núcleo duro en términos de ese exceso que supone la aplicación del lenguaje y la lógica científica.

Esa preocupación por la vida en sus manifestaciones *anormales*, *degeneradas* o, simplemente, clínicas, se traspone en la **Revista de Filosofía**, años después, como interés por la vida de los hombres célebres o ejemplares. La excepcionalidad atraviesa el tercer capítulo del libro de Fernández, como paradigma de

escritura y como modelo mismo de vida. Se recuerda a Sarmiento, maestro de biografías, y se advierte cómo el ejemplo de una vida que, a menudo sólo se recuerda ligada al trabajo intelectual, avanza expandiéndose rápidamente por el cuerpo, hasta teñir la fisonomía misma del biografiado. Así lo hace Víctor Mercante a raíz de la figura de J. V. González, o Bermann al retratar al mismo Ingenieros.

El discurso científico se presenta como una palabra no sólo autorizada a nombrar la vida, sino incluso a modelarla pedagógicamente para adecuarla a las condiciones que la ciencia determina convenientes. Allí se producen dos vidas en simultáneo y en mutua relación: una moralizada gracias a la intervención científica, la otra vuelta heroica gracias, precisamente, a su capacidad de moralizar. La primera nos retrotrae a la mirada del enfermo o del criminal, pero también de las masas, cuya vida depende del modelado que pueda ensayarse. La otra nos habla de un tema que avanza imponiéndose sigilosamente en el libro de Fernández: se trata de “héroes silenciados” sobre los que interviene la escritura biográfica para darle voz y ofrecerles un asiento en el panteón nacional. Para ellos vale la categoría de “genios”.

Distanciándose del genio romántico, el que aparece biografiado aquí abandona el arte en pos de la ciencia y, conociendo el medio en el que se mueve, está preparado para intervenir en él. La biografía tiende a transformarse en hagiografía al despojar al biografiado de todo interés material en la persecución de sus objetivos. Pero es claro que esa es tarea del biógrafo: al considerar sólo los aspectos referidos a su obra y al leer la obra como renuncia a intereses personales en pos de un objetivo nacional, el biógrafo transforma la vida misma del biografiado.

Esa hagiografía tiene, tal como lo leemos en la obra de Fernández, un doble colorario: la construcción de una figura de antihéroe —aunque la autora no lo llame así— y el establecimiento de un molde que sirva de referencia para el biógrafo. La ciencia y su principal recurso, los archivos, en este caso de la policía, permiten mostrar la falsedad de la biografía de Juan Moreira que relató Gutiérrez. Y de ese modo, los hechos enfrentan la ficción no tanto para desplazar al héroe criollo sino a la literatura de ese héroe. Rojas y Gálvez, menciona la autora, son parte de un contexto en el que mostrar la

falsedad de **Juan Moreira** puede ser sólo una herramienta. Y aquí se juega la importancia de una escritura que disputa por la construcción de vida, pero ahora en el plano de lo real.

El segundo corolario: el filo entre la literatura y la ciencia nos inclina hacia esta última. Hay una certeza que el relato autobiográfico reclama. Certeza en las formas de la escritura, certeza en el contenido biografiado. Todo termina por ponerse al servicio del biógrafo que parte de un retrato ajeno para llegar a una silueta de sí mismo. Puede crear su propia obra/vida en la que él mismo ocupar un lugar singular: la ciencia triunfa dándole la razón al autor, a quien hace de la vida un hecho y de la biografía un relato certero. El biógrafo es el ojo experto capaz de reconocer los rasgos precisos de una vida y ser escritura de voces silenciadas, y al hacerlo no hace otra cosa más que modelar su protagonismo. Entre la ciencia y la literatura, la biografía, sugiere Fernández, es expresión que sintetiza el confuso entramado de unas vidas y un conflictivo escenario histórico.

**María Carla Galfione**  
(UNC/CONICET)

A propósito de Mario Rapoport, **Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt**, Buenos Aires, Debate, 2014, 569, pp.

Hijo de un rico comerciante de granos judío-alemán que hizo su fortuna en la Argentina de la Belle Époque, educado en el rigor de la Alemania guillermina, activo colaborador con su país de adopción durante la Primera Guerra Mundial, participe en la política revolucionaria alemana de la inmediata postguerra, mecenas del *Institut für Sozialforschung* (ISF) y, de regreso a la Argentina en los años treinta, colaborador en el equipo económico del gobierno conservador; tal como afirma Mario Rapoport en su libro, la vida de Félix José Weil "parece extraída de una novela" (p. 23). Sin embargo, ese rico itinerario había quedado preso de un persistente cliché formado en torno a su figura como "el mecenas argentino de la Escuela de Frankfurt".

Sin dudas, uno de los grandes méritos del libro de Rapoport es mostrar que el derrotero político e intelectual de este personaje desborda

esa reiterada imagen. Basado en documentos inéditos, entrevistas a familiares y en los escritos del autor, **Bolchevique de salón** reconstruye el itinerario biográfico de Félix Weil, sus compromisos políticos, intelectuales e institucionales pero también es, al menos en parte, la historia de su padre Hermann y de la compañía de exportación de granos que constituyó la génesis de su fortuna.

El libro consta de once capítulos que componen un relato biográfico clásico que avanza siguiendo un cierto orden cronológico. Los primeros dos capítulos están dedicados a trazar una minuciosa reconstrucción de la industria cerealera en Argentina y de la figura de su padre, Hermann y la compañía Weil Hnos., una pieza clave en el oligopolio de las empresas exportadoras de granos. Recién en el tercer capítulo ("El joven Félix: infancia y vida estudiantil") la figura de Félix gana el centro de la escena. Dicho capítulo reconstruye su infancia en Buenos Aires, su juventud en Alemania y los años de estudios en el *Goethe Gymnasium* y en la Facultad de Derecho de Frankfurt. Radicado en Alemania durante el estallido de la Gran Guerra, Félix intentó alistarse como voluntario en el ejército alemán. Según Rapoport, su nacionalidad argentina influyó para que dicha petición fuera rechazada (p. 136), no obstante, al igual que su padre, contribuirá con la causa alemana desde su puesto en una oficina administrativa encargada de atender los requerimientos logísticos para las trincheras.

El capítulo cuarto ("La educación de un revolucionario") muestra la participación de Félix en el clima revolucionario de la Alemania de postguerra. Allí se revela su activa militancia en diferentes grupos estudiantiles de izquierda en la Universidad de Frankfurt y Tübingen y los fluidos contactos de Félix con destacadas figuras de la izquierda alemana como Karl Korsch y Clara Zetkin. Expulsado de la ciudad por sus actividades políticas e impedido de continuar con su tesis doctoral sobre el concepto de socialización, Félix viaja a Buenos Aires donde contraerá matrimonio y emprenderá una serie de actividades clandestinas para la Internacional Comunista (IC) bajo el pseudónimo de Beatus Lucius. Vinculada a esa labor como uno de los primeros delegados de la IC en América Latina, Rapoport ubica la investigación de Weil sobre el movimiento obrero argentino publicada en Leipzig en 1923 y destaca su im-

portancia posterior para la historiografía del movimiento obrero local.

Los siguientes tres capítulos están dedicados a analizar el papel de Félix en la fundación del IFS, su participación en un acontecimiento mítico de la izquierda alemana de la postguerra como la Primera Semana de Trabajo Marxista, los primeros años del Instituto vinculado a la discusión teórica del marxismo y su devenir en el epicentro de la Teoría Crítica de la mano de Max Horkheimer. Esas páginas constituyen un gran aporte a una etapa ya transitada por la historiografía sobre los orígenes y el entramado institucional del IFS pero narrada desde una perspectiva más personal a partir de las memorias de su principal mecenas y fundador. Cabe destacar, además, que por esos años la labor de Félix como mecenas excedió al IFS pues, como muestra Rapoport, la fortuna familiar también fue utilizada para financiar otros emprendimientos de la cultura de Weimar como la editorial Malik, el teatro de Erwin Piscator y la obra de pintor expresionista George Grosz, de quien fue amigo personal y que en 1926 retrató a Félix en un óleo llamado *Retrato de un joven* que ilustra la portada de **Bolchevique de salón**.

Los cuatro capítulos que cierran el libro están dedicados a analizar el papel de la Argentina en la obra y el pensamiento de Weil, en particular, en su obra más destacada **Argentine Riddle** (El enigma argentino) publicada en los Estados Unidos en 1944, recientemente traducida al castellano, y su influencia en autores como Milcíades Peña y Jorge Abelardo Ramos.

Ahora bien, es indudable que el libro de Rapoport configura una imagen mucho más compleja que la que se tenía hasta ahora sobre la figura de Félix Weil. Sin embargo, cabría realizar algunos señalamientos metodológicos e historiográficos respecto al modo de abordar al personaje central del libro. Llama la atención que, a pesar de la importante renovación de los estudios biográficos que se ha producido en Argentina, el libro de Rapoport opta por no apoyarse ni dar cuenta de esta nueva perspectiva para trazar el derrotero biográfico de Weil.<sup>1</sup> A su vez, aunque estrechamente

<sup>1</sup> Para un análisis más amplio de la renovación de los estudios sobre biografía e historia y su impacto en la historia intelectual véase François Dosse, **El arte de la biografía: entre historia y ficción**, México D. F., Universidad